

ST. JOHN'S AT DIOCESAN CENTER IGLESIA EPISCOPAL DE SAN JUAN

23 E. Airy Street | Norristown PA 19401 | (610) 272-4092



PLATICANDO CON SERPIENTES

The Rev. Andrew F. Kline

Text of a Sermon preached on the 2do Domingo después de Pentecostés
6 de Junio, 2021

GÉNESIS 3:8-15 | SALMO 130
2 CORINTIOS 4:13-5:1 | SAN MARCOS 3:20-35

Cuando cumplimos dos años, algo nos da vuelta y aparece. Empezamos a patear, dar puñetazos y morder. Resulta que, en estos días, las personas con lápices y hojas de cálculo se han unido a las mamás y los papás y han investigado esto. Se sorprendieron de lo que encontraron.

Como especie, no solo comenzamos a patear, golpear y mordernos gradualmente. Pasamos, por así decirlo, de cero a sesenta. Simplemente comenzamos a arremeter. Descubrimos la novedad de tener una reacción, incluso causar otro dolor y, en promedio, pateamos, golpeamos y mordemos con mayor frecuencia, desde el principio, entre los dos y los tres años. La única razón por la que disminuye es que nuestros cuidadores nos enseñan a regular nuestras emociones y nos dan consecuencias.

O no lo hacen.

Se dice que “la curiosidad mató al gato”. La historia de nuestra primera desobediencia es la historia de nuestra primera conciencia. Me encanta leer Génesis con los jóvenes porque cada vez es cómo doblar una esquina y llegar a la escena de un crimen. Hay mucho que observar. Aquí está la evidencia. ¿Qué hacemos con eso? ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿En serio?

¿Qué edad tenía cuando se preguntó si lo que estaba haciendo, lo que estaba haciendo otra persona, estaba bien o mal? En ese momento, comiste de ese mismo árbol que nuestra hermana Eva tomó nota en el jardín del Paraíso. Justo antes de ese instante, estábamos desnudos y sin vergüenza, y podíamos comer de cada fruto del jardín, disfrutar de cada experiencia sin consecuencias. Al parecer, esto no duró mucho.

Podemos ver con nuestros propios ojos cuando observamos a nuestros hijos, este período de inocencia dura, quizás, alrededor de un año. Entonces ellos, nosotros, comenzamos a patear, golpear, morder y usar nuestras voces tanto para bien como para mal. Y cada generación comienza esa conversación con la serpiente parlante.

Debate sobre cómo podemos reformar la policía y reducir los delitos violentos. Resulta que estudiamos los delitos contra las personas y los delitos contra las cosas. Son cosas diferentes. Van en diferentes direcciones. Cuando los delitos violentos aumentan, los delitos contra la propiedad disminuyen. Resp. Viceversa. Las conversaciones más útiles terminan pareciendo un padre tratando con un niño de dos años. ¿Cómo creamos sistemas que nos ayuden a reducir y reorientar la violencia y las situaciones violentas sin meter a todos en la cárcel?

Es difícil de ver al principio, pero la historia bíblica tiene una estructura profunda, una lógica antigua. Las semillas de la respuesta provienen de la reacción de Dios ante la curiosidad de Eva y la negligencia de Adán. Resulta que debemos estudiar la maldición para ver la bendición. Es cierto que la historia dice que estamos maldecidos por el dolor de tener hijos, la lucha de trabajar con el sudor de nuestra frente, el deseo de cosas diferentes, de tener propósitos contrarios. ¡Pero la serpiente fue maldita primero! El mal levantó la cabeza, pero no ganará.

El rayo de esperanza aquí proviene de la primera reacción de Dios. Como el padre que trata de aceptar que su pequeño inocente de un año se convierta en un terrible niño de dos, Dios se dirige primero a la serpiente. Hablas serpiente, estás maldito por estar atrapado en tu engaño. No ganarás. Los humanos te sacarán, te golpearán, irán por tu cabeza. Les costará todo el tiempo. Herirás su curación. Pero si les enseñan a sus hijos los caminos de la sabiduría y la paz, eventualmente dejarán de patearse, golpearse y morderse unos a otros. En las maldiciones están las semillas de la bendición.

Lo que necesitaremos, por supuesto, como especie, es un verdadero maestro. Aquel que no tiene miedo de mirar en el fondo de las cosas y enfrentarse a los demonios que nos atormentan. Necesitaremos a ese hombre para otros, que vendrán y deshacerán las maldiciones. Uno nacido de mujer, en el momento oportuno, cuarenta y dos generaciones desde Adán, quien levantará el peso de una ley que ha dejado de ser un camino hacia la curación y la libertad.

Uno que atará al hombre fuerte y violento de nuestra naturaleza humana para que podamos participar de la naturaleza divina de la misericordia, el perdón y la restauración.

Resulta, como aprendemos en el evangelio esta mañana, que tomarse el tiempo para discernir el bien del mal y, mejor aún, hacer cosas buenas como sanar en sábado y expulsar demonios, puede hacer que lo acusen de estar loco. Mejor loco que maldito. Mejor loco que perdido.

Mejor loco que alguien que no llama a los que patean, golpean y muerden su camino hacia el poder, para explotar y dañar a los demás.

Resulta que, aunque aprendemos sobre la marcha, a medida que adquirimos más experiencia y esperamos ser sabios, lo único que no podemos hacer es confundir el bien y el mal, es llamar a lo que es bueno, lo malo y lo malo. bien. Ese es el pecado contra el Espíritu Santo. Eso es lo más importante a medida que llevamos a cabo la curiosidad de Eva y discernimos si este Jesús es nuestro hermano y si queremos ser parte de su familia.

Jesús nos dijo claramente, los que hacen la voluntad de mi padre son mi familia, mi madre, mi hermano y mi hermana. Él reclama a Eva en esta historia. Nos hace saber que lo más importante es seguir rompiendo la cabeza de la serpiente, aunque nos lastime la curación, aunque muchas veces es frustrante y difícil.

Sabes, podemos reducir la violencia que nos rodea. No tenemos que ceder al cinismo. Podemos reformar la policía, capacitar a comunidades de ancianos y jóvenes para difundir la violencia antes de que se intensifique. Podemos dejar de culparnos unos a otros sin sentido y hablar con franqueza, incluso a esas serpientes que hablan. Lo que importa es hacer la voluntad de Dios.

Lo que importa es que Jesús vino a atar al hombre fuerte y nos invita a acercarnos y hacer nuestra parte para desarmar el poder del mal en nuestras vidas. Por la gracia de Dios. Con su ayuda. Enfrentamos nuestra vergüenza, nuestra culpa, nuestra culpa y hacemos la voluntad de Dios.

Oremos: Jesús, nuestro hermano, expulsa los espíritus inmundos dentro de nosotros, y llénanos del Espíritu Santo, para que podamos escuchar, ver y actuar para hacer la voluntad de Dios, y así ser hermanos y hermanas los unos para los otros. y para ti. Amén.